

José Martí y su visión de la educación política en el ensayo *Nuestra América*

José Martí and his vision of the political education in Our America essay

MSc. Noel Wilson Borrero-Rodríguez^I, noel@sierra.scu.sld.cu;

MSc. Luís Felipe Solís-Bedey^{II}, solis@uo.edu.cu

^I *Universidad de Ciencias Médicas de Santiago de Cuba;*

^{II} *Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, Cuba*

Resumen

En el presente trabajo se ofrece un acercamiento a la perspectiva martiana de la educación política que el Maestro consideraba pertinente para los gobernantes de los pueblos de nuestra América, expuestas fundamentalmente en el ensayo homónimo, pero presentes a lo largo de toda su obra. Se analizan los argumentos de Martí sobre la necesidad de crear modelos de sociedad originarios de la región latinoamericana y se destaca como el texto posee el valor histórico de haber sido uno de los primeros en proponer de manera sistémica estas ideas, en medio de un afán de la época por imitar lo europeo, olvidando casi por completo la propia originalidad, pretendiendo vivir una vida social y cultural ajena.

Palabras clave: José Martí, educación política, gobernante, nuestra América.

Abstract

This paper offers an approach to the Martian perspective of political education that the Master considered relevant for the rulers of the peoples of our America, exposed primarily in the essay of the same name, but present throughout his work. Martí's arguments on the need to create models of society originating in the Latin American region are analyzed and it is highlighted how the text has the historical value of being one of the first to propose these ideas in a systematic way, in the midst of a desire to the time to imitate the European, forgetting almost completely their own originality, pretending to live a social and cultural life outside.

Key words: José Martí, political education, governor, our America.

Introducción

En la cultura occidental el problema de la educación ha sido siempre cardinal para la producción y reproducción de las ideas que han sustentado a las sociedades humanas. Ya los clásicos de la filosofía griega antigua, desde los sofistas y Platón hasta la actualidad, evidenciaron esta estrecha relación entre educación y política. La causa más inmediata que podemos citar aquí ha sido que la educación es un instrumento esencial que para la reproducción de la cultura, y por tanto de las ideas representativas de los intereses que dominan en una sociedad concreta. Al tener en cuenta que la actividad política es parte esencial de la cultura, especialmente en las sociedades modernas, resulta indiscutible la afirmación de que la educación precisa es indispensable para hacer la actividad política necesaria a los intereses dominantes en cada caso correspondiente.

En el caso de los países que conforman lo que José Martí llamó “nuestra América”, a los cuales debemos añadir todo el espectro de naciones americanas dependientes, subdesarrolladas, tercermundistas; surgidas del colonialismo europeo, desde la Independencia hispanoamericana hasta la actualidad,; la educación constituye un elemento esencial para el constructo social. Una cuestión de tal magnitud no podía escapar de la sagaz mirada de José Martí, cuyo genio político avizoró entre tantas cosas la necesidad de re-enrumbar el futuro de las repúblicas de nuestra América. En este sentido prestó la correspondiente atención a la formación de los políticos que debían asumir la labor de encabezar tales transformaciones. Desde su perspectiva de educador y de revolucionario de ideas radicales, avanzadas; Martí señaló una serie de aspectos a tener en cuenta en la formación de los políticos necesarios para el futuro de nuestros pueblos.

Quizás sea el ensayo “Nuestra América” el texto donde aparecen más concentradas esas ideas del Apóstol de nuestra independencia. Pero a lo largo de su obra es posible encontrar numerosas muestras de su pensamiento acerca de la educación de nuestros políticos. Aquí se trata de ofrecer una visión de dichas ideas martianas, se tiene en cuenta la trascendencia de las mismas en las actuales circunstancias de los países que conforman la América Latina y el Caribe.

Desarrollo

Los procesos independentistas desarrollados en nuestra América a principios del siglo XIX fueron esencialmente anticolonialistas. En este objetivo coincidieron la totalidad de las fuerzas sociales participantes en aquellas luchas. Pero la independencia no era imaginada de la misma manera por el conjunto de los actores participantes en los mismos. Las clases más humildes concebían el futuro republicano como un mundo en el que tendrían acceso al poder político y por esa vía al mejoramiento de sus condiciones de vida, trabajo y bienestar. La realidad fue bien distinta, porque los sectores que monopolizaron el poder en las repúblicas recién nacidas no tenían esa visión en sus miras. No obstante, esta nueva situación política planteó a sus protagonistas nuevas problemáticas, tanto en el sentido práctico como en el filosófico. Entre las dificultades de orden práctico se hallaba el modo como deberían constituirse los nuevos estados nacionales, la estructura política y social de los mismos, el carácter de las relaciones sociales, el papel de la Iglesia, entre otros. Entre las filosóficas, y estrechamente relacionadas con la anterior, estaba el problema de los paradigmas sobre los cuales erigirse, el problema de la definición identitaria como "pueblos americanos". Los sectores dominantes de las nuevas naciones buscaron la solución a estos problemas fuera de la región, dependiendo de diversos factores culturales, económicos o políticos. Unos miraron hacia los Estados Unidos, otros hacia Europa, pero en todos los casos desde una perspectiva de mentalidades coloniales, donde el menosprecio hacia las propias cualidades y potencialidades constituyó el factor común. Ya no a España, pero sí a Francia, Inglaterra y a Estados Unidos. Las ataduras económicas y políticas, rotas en la lucha independentista habían dejado intactas, sin embargo, las ataduras mentales, ideológicas. Mentalmente, la América de habla hispana seguía siendo una colonia. Y en este afán por adoptar los valores europeos y participar en la historia universal, los sectores dueños del poder político en nuestra América se tomaron muy en serio el tema de la educación, como vía esencial para "civilizar" a los nuevos ciudadanos y ponerlos a la altura del resto de las naciones tomadas como paradigma. Dicha educación fue concebida como un proceso de "blanqueamiento cultural" cuyo objetivo consistía en permear a los habitantes de nuestros pueblos de la cultura europea o estadounidense, en detrimento y con el consciente abandono de nuestras raíces culturales e identitarias. El doctor Mario Magallón explica la razón de esta tendencia hacia la educación:

¿Por qué esta urgencia de reeducación de los latinoamericanos? Por la razón de que la América Latina había sido educada en la esclavitud y servidumbre, y sólo la educación propiciaría las vías para cortar los grilletes de una educación impuesta, por una autoimpuesta con sentido liberador. La situación de esclavitud que había marcado históricamente el carácter y las mentes de los hombres, obligaba a una “reeducación”, o educación auto impuesta (Magallón, p 116).

La libertad consistía sólo en elegir entre los modelos de vida ya existentes, y no en "crear" modelos propios. Modelos de sociedad y de humanidad. La filosofía europea que mayor influencia tuvo en la América del siglo XIX fue el "positivismo". Pensadores como Gabino Barreda (Ortega, 2010) y Justo Sierra (Ocampo, 2010) en México, o Juan Bautista Alberdi (Alberdi, 2001) y Domingo Faustino Sarmiento (Sarmiento, 2007), en Argentina, fueron de los representantes más identificados con esta filosofía. Pero, en éstos, empezó a a privar el afán por imitar a Estados Unidos. Pretendían, en cierto modo, que América entera fuera como Estados Unidos, si es que los países que la formaban querían ser partícipes del progreso. Sin embargo, el positivismo no logró germinar cabalmente en nuestras tierras: "Esta doctrina no había hecho del latinoamericano el yanqui del sur, de Justo Sierra, y mucho menos los Estados Unidos de América del Sur, de Sarmiento; esto quiere decir que los filósofos de esa época reflexionaron y pensaron equivocadamente, porque la filosofía adoptada era extraña a su experiencia histórica" (Magallón, 1991: 120) El pecado común de todos ellos fue olvidar las raíces identitarias propias y pretender sustituirlas por otras importadas, calcadas, copiadas, a contrapelo de nuestras culturas.

La toma de conciencia de este error significó el despegue del verdadero filosofar latinoamericano, es decir, el que atiende a las propias circunstancias históricas y se cuida de no imitar sino, cuando mucho, "asimilar", en el sentido que a este término le ha dado Leopoldo Zea. Significó la aparición de pensadores como Antonio Caso y José Vasconcelos (Vasconcelos, 2013) en México; de Manuel Ugarte (Merbilhaá, 2015) en Argentina; Manuel González Prada (González Prada, 2014) en Perú; y del cubano José Martí (Magallón, 1991). De este último nos ocuparemos a continuación de manera especial.

La Educación necesaria en el ensayo “Nuestra América”

El texto que mejor resume el pensamiento político de José Martí es “Nuestra América”. Publicado en 1891, contiene mucho del espíritu del pensamiento latinoamericano del

siglo XIX, es decir: la preocupación por definir una forma de vida política propia, a través del establecimiento de un modelo educativo pertinente. Lo que distingue a este texto de otros del siglo XIX, pues corresponde con una expresión “tardía” del pensamiento independentista (la de la emancipación de Cuba, que aún se hallaba entonces bajo el poder español), es su mayor madurez. Aprovechando la experiencia histórico-cultural de otros países de Latinoamérica, el pensador cubano buscará, antes que nada, una educación y una política que sean un reflejo de las condiciones reales latinoamericanas. El ánimo que orienta el pensamiento martiano en los rubros mencionados fue, sobre todo, la consolidación de un autoconocimiento. Ello implicaba enfrentarse a las corrientes de opinión que ponían en duda la capacidad de nuestros pueblos para elevarse entre el conjunto de los pueblos del mundo moderno como iguales. Ante esta cuestión Martí afirma:

La incapacidad no está en el país naciente, que pide formas que se le acomoden y grandeza útil, sino en los que quieren regir pueblos originales (...) con leyes heredadas de cuatro siglos de práctica libre en los Estados Unidos, de diecinueve siglos de monarquía en Francia. Con un decreto de Hamilton no se le para la pechada al potro del llanero. Con una frase de Sieyès no se desestanca la sangre cuajada de la raza india. A lo que es, allí donde se gobierna, hay que atender para gobernar bien; y el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino el que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos e instituciones nacidas del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce (...) El espíritu del gobierno ha de ser el del país. (...) El gobierno no es más que el equilibrio de los elementos naturales del país (Martí, 1973: 44, t. VI).

Este conocimiento sobre los propios elementos había sido ignorado por los dirigentes políticos que tomaron las riendas de los nuevos estados nacionales latinoamericanos. Contrastando esta actitud incluso con la de algunos hombres de la época colonial (como Vasco de Quiroga en la Nueva España, por ejemplo) (Gómez, 1998), que intentaron la educación de los indígenas respetando lo más posible sus propias costumbres y creencias. El siglo XIX significó más bien la violentación de las costumbres, creencias y formas de organización de los "hombres naturales" latinoamericanos, con la imposición ideológica del positivismo.

Sin embargo, estos hombres naturales acabaron por vencer sobre la imposición cultural. Pero, esta victoria, efectuada en el terreno de los hechos, no tenía su respectiva expresión cultural. El fracaso mismo de la imposición cultural europea y norteamericana (su incapacidad de integrar a los pueblos latinoamericanos en el "progreso") es un efecto de la victoria del hombre latinoamericano. Su lucha equivale tan sólo a una "resistencia", sin ninguna aportación productiva aún.

Martí lo describe así: "(...) el libro importado ha sido vencido en América por el hombre natural. Los hombres naturales han vencido a los letrados artificiales. El mestizo autóctono ha vencido al criollo exótico. No hay batalla entre la civilización y la barbarie, sino entre la falsa erudición y la naturaleza" (Martí, 1973: 44, t. VI).

Es preciso aclarar que el sentido que Martí da al concepto "hombre natural" no corresponde con el dado por el pensamiento europeo, de un individuo salvaje, incapaz de hacer la historia o la civilización. Más bien, Martí emplea estos términos para referirse a los individuos y colectividades de América que irrumpen en la historia resistiéndose a la imposición cultural y política europea. Para Martí no existe ese "buen salvaje" rousseauiano en América, el bárbaro, sino individuos y colectividades que tuvieron una historia truncada por el poder de occidente. Pero, ante esa situación, el hombre natural se indigna y protesta, en defensa de su propia naturaleza.

Los "letrados artificiales" fueron aquellos, criollos o no, que importaban las ideas occidentales que justificaban cierto modelo de vida política, ajeno para América; pero, como ya se mencionó antes, inadecuado para las condiciones sociales, culturales, psicológicas incluso, de los pueblos americanos. Se debe esta inadecuación el fracaso de dichos modelos, sobre los que el hombre natural, con su tradición cultural acaba por imponerse.

El hombre natural de Martí es un agente histórico, a través del cual se despliega la libertad humana. Esto significa, en términos culturales, la transformación de lo oral hacia lo escrito, y no la imposición de éste sobre aquel. En términos éticos, Roig (2004) expresa la libertad en la contraposición de la moralidad y la eticidad, que se realiza en la transformación de la primera hacia la segunda, a través de su codificación cultural en el lenguaje. El desarrollo cultural propuesto por Martí tiene por base esencial la condición humana e histórica propia de los pueblos latinoamericanos.

Pero la comprensión de estas cuestiones precisa de una continuidad práctica, cuyos ejecutores deben ser los actores políticos de los pueblos americanos. Surge entonces la

problemática de la educación de los políticos destinados a guiar a nuestra América hacia una modernidad propia, “nuestra americana”. Es aquí donde el ensayo Nuestra América ofrece uno de sus mayores aportes: los principios de la educación de los futuros protagonistas de la construcción social de nuestros pueblos:

(...) La Universidad europea ha de ceder a la Universidad americana. La historia de América, de los incas a acá, ha de enseñarse al dedillo, aunque no se enseñe la de los arcontes de Grecia. Nuestra Grecia es preferible a la Grecia que no es nuestra. (...) Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas (Martí, 1973: 45, t. VI).

He aquí lo que se mencionó más arriba como “autoconocimiento”. Este debe ser el fin primordial de una verdadera educación. Conocer el mundo, sí, pero sobre la base sólida de un conocimiento propio. Así, los conocimientos y valores importados no se imponen o yuxtaponen a nuestra realidad, sino que son asimilados a nuestra propia mentalidad y carácter, tomando de ellos lo que primordialmente conviene a nuestras necesidades.

Del texto martiano podría interpretarse que, en realidad, lo político forma parte de lo cultural, que está subsumido por ello. Se ha distinguido para destacar lo político, que aquí interesa sobre todo. La educación, por su parte, es el medio para reproducir la cultura o transformarla, por lo que se relaciona con lo político, lo artístico, lo económico, etc. Y para transformar es preciso el desarrollo de la creatividad. La educación autóctona propuesta por Martí debe aportar esta competencia de creatividad para el desarrollo de una cultura y una vida política propia. “Los jóvenes de América se ponen la camisa al codo, hunden las manos en la masa, y la levantan con la levadura de su sudor. Entienden que se imita demasiado, y que la salvación está en crear. Crear es la palabra de pase para esta generación. El vino, de plátano; y si sale agrio ¡es nuestro vino!” (Martí, 1973: 48, t. VI).

La asimilación de la cultura occidental debe ser solo un paso en el camino hacia la construcción de la propia identidad nacional y latinoamericana. Sobre esta asimilación es preciso agregar el esfuerzo original, la creación, que tiene su fundamento en las necesidades propias y en las propias condiciones objetivas. Pero, sobre todo si se trata de la identidad latinoamericana (aunque para el desarrollo de la identidad nacional), las naciones deben mantener relaciones muy estrechas, formando una sola entidad. Martí revive el sueño bolivariano de la unidad latinoamericana, en un contexto histórico en que

lo fundamental es hacer frente común al imperialismo estadounidense, en tanto constituya un obstáculo para el desarrollo de las naciones latinoamericanas:

(...) Ya no podemos ser el pueblo de hojas, que vive en el aire, con la copa cargada de flor, restallando o zumbando, según la acaricie el capricho de la luz, o la tundan y talen las tempestades; ¡los árboles se han de poner en fila, para que no pase el gigante de las siete leguas! Es la hora del recuerdo y de la marcha unida, y hemos de andar en cuadro apretado, como la plata en las raíces de los Andes! (Martí, 1973: 43, t. VI).

Conclusiones

- 1. El proyecto educativo propuesto en “Nuestra América”, está vinculado con el proyecto político martiano. Se trata de crear modelos de sociedad originarios de la región latinoamericana, sobre la base del estudio y promoción de nuestra propia identidad, de la cultura propia del hombre natural. Las sociedades latinoamericanas (y al decir esto se incluyen sus élites políticas y por ende sus gobiernos) deben ser reflejo, no fiel, pero sí predominante del ingenio, carácter y rasgos identitarios de sus pobladores. El texto tiene el valor histórico de haber sido de los primeros en proponer de manera sistémica semejante ideal, en medio de un afán de la época por imitar lo europeo, olvidando casi por completo la propia originalidad, pretendiendo vivir una vida social y cultural ajena.*
- 2. Es destacable que su objetivo se haya extendido allende los límites nacionales, hacia una entidad regional compuesta por todas las repúblicas latinoamericanas, cuando otros se preocupaban tan solo por sus asuntos internos. Y es de hecho esta consideración necesaria de la relación entre países latinoamericanos lo que le da más vigencia a las ideas plasmadas en el texto. Actualmente, los países latinoamericanos, a más de un siglo de la publicación de “Nuestra América”, no han logrado aún esa unidad propuesta por Martí. Tampoco han conseguido ese gobierno basado en las propias raíces, ni han desarrollado eficazmente la cultura original que Martí propone. Por todo ello, la posibilidad de realización de las propuestas del texto sigue aún abierta. ¿Será necesaria, acaso, esa unidad latinoamericana de que habló Martí, para que su proyecto pueda ser factible en cada república? La unidad latinoamericana se dará, tarde o temprano, y entonces, quizás se logren con mayor facilidad los*

ideales proyectados en "Nuestra América". Entonces, aparecerán con las nuevas formas de vida política y económica, una cultura propia, a la vez moderna y autóctona.

Referencias bibliográficas

1. Alberdi, J. B. (2001). Bases y puntos de partida para la organización política de la República. Argentina. Buenos Aires: La Cultura.
2. Bernal A., T. (2004). Antonio Caso y el problema nacional. Revista *Fuentes Humanísticas*, (28), pp. 153-161.
3. González P., M. (2014). *Nuevas páginas libres*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
4. Gómez E., D. (1998). La utopía de Vasco de Quiroga. *APARTAREI*. Revista de Filosofía, (2), pp. 117-138.
5. Graff, M. (2016). La búsqueda de sí mismo. Latinoamérica y el mundo: problemas de identidad en la obra de Leopoldo Zea. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
6. Magallón, M. (1991). Dialéctica de la filosofía latinoamericana: una filosofía en la historia. México: UNAM.
7. Martí, J. (1973). *Obras completas*. Ciudad de La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
8. Merbilhaá, M. (2015). Claves racialistas y reformistas en la invención de un nacionalismo continental. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
9. Ortega E., A. (2010). Gabino Barreda, el positivismo y la filosofía de la historia mexicana. Revista de *Hispanismo Filosófico* (15), pp. 117-127.
10. Ocampo L., J. (2010). Justo Sierra "El maestro de América". Fundador de la Universidad Nacional de México. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
11. Rodríguez, P. P. (1991). Nuestra América como programa revolucionario. *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, (14), pp. 214-225.
12. Rodríguez, P. P. (s.a.). Nuestra América. José Martí ante la razón moderna. en *Americania. Revista de Estudios Latinoamericanos*. Nueva Época (Número Especial), pp. 23-28.
13. Roig, A. (2004). *Teoría y crítica del pensamiento latinoamericano*. Argentina: Edición de Maeisa Muñoz y Pablo Boggia.
14. Sarmiento, D. F. (2007). *Conflicto y armonías de razas en América*. Buenos Aires: Biblioteca Quiroga Sarmiento.
15. Vasconcelos, J. (2013). *Deber de Hispanoamérica*. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.